



sideren categóricamente ineludibles. gran parte de las cuestiones que en el actual foro sociopolítico actual son apremiantes podrán ser **fácilmente** resueltas a la vista del hecho de que el **número** de opciones se habría reducido a niuy pocas.

En todo caso lo que está claro es que hay que actuar para la prevención y corrección de las crisis poniendo en **práctica** todos los posibles **remedios** de carácter político, social y tecnológico y actuar a tiempo para evitar que se llegue a situaciones catastróficas. La **Humanidad** no puede permitirse el **lujo** de esperar canbios espontáneos y fortuitos sino que con los necesarios instrumentos de planificación y un espíritu de cooperación **auténticamente** global debe poner en **marcha sus** propios cambios.

Esta es la **tesis** del interesante libro que comentamos, que **constituye** una tentativa importante y rigurosa para definir las crisis actuales y señalar los pasos que deben de darse para asuñir las orientaciones y control del **crecimiento** a través de un plan director a largo plazo, que evite **sigamos** por la pendiente hacia graves circunstancias irreversibles.

Tal plan exigirá decisiones **extremadamente** difíciles derivadas de que en un inundo de grandes desequilibrios, **como** es el que vivimos, el crecimiento económico es antagónico al crecimiento social, **moral, organizativo** y científico de la Humanidad. Y por **primera** vez desde la aparición del hombre sobre la tierra se le piden abstenciones para frenar el avance tecnológico y económico, o al menos orientarlo con pautas diferentes a las históricas en beneficio de las generaciones venideras.

El desbocado avance tecnológico nos recuerda a la fábula del aprendiz de brujo con todas sus consecuencias. Citaremos, para terminar, la frase de **Saroyan** que se transcribe en cabeza del capítulo final: «La raza humana está llegando a ser demasiado para sí misma y demasiado para el mundo\*».

## "La citta sovietica 1925-1937"

Por Marco de Micheli y Ernesto Pasini.

Marsilio Editori  
Venezia 1978

Dos arquitectos italianos, profesores ambos del Instituto de Arquitectura de **Venecia**, cuentan en este libro la apasionante experiencia de los urbanistas europeos durante los años treinta en la Unión Soviética, experiencia que consistió en **la** creación de nada menos que trescientas cincuenta y cuatro nuevas ciudades.

Nadie duda que la figura más importante de la Revolución es Lenin. Pero creo que tampoco dudará nadie que la figura más interesante es la de **Luna-charski**. Si el Presidente del **Consejo** de Comisarios del Pueblo dirige el esfuerzo

revolucionario, el Comisario para la Educación lograba hitos memorables en **el marco**, luego por completo destruido, de la inaginación y la libertad. Y en este camino, el inteligente Comisario de Educación, convocó a los urbanistas del **mundo** para colaborar en la construcción de las nuevas ciudades. A la llamada respondieron. Fundamentalmente arquitectos alemanes, así como Le Corbusier. Entre los **primeros** deben destacarse los dos Meyer, y señaladamente Ernst May.

Antes de analizar el **contenido** del libro, digamos que la experiencia tan generosamente enpezada fue haciéndose penosa y difícil a medida que la dictadura staliniana iba desplazando el **espléndido** cuadro inicial. Hacia 1934, la casi totalidad de los urbanistas europeos, tras **trabajar** con entusiasmo en una tarea que debió ser fascinante, volvieron a sus países de origen. En otro lugar he hecho constar mi estupor cuando, en el seno de esta historia, por primera vez **leí** que el Plan General de Moscú, a cuyo concurso concurrieron las primeras figuras mundiales, fue finalmente confeccionado por Stalin, **Kalinin**, **Molotof**, etc. Las preocupaciones auténticamente urbanísticas que presidían las propuestas presentadas por aquellos fueron **sustituidas** por un estúpido nionuinalismo para la **mayor** glorificación de sus esclarecidos autores.

Entre las ciudades debidas a esta época destacan dos: Magnitogorsk y Stalingrado, ambas obedientes a un diseño lineal, si bien la primera es una ciudad enteramente surgida de la nada, mientras que la segunda se apoyó en varias preexistentes, ribereñas todas del **Volga**, y próximas al lugar del comienzo del canal **Volga-Don**. El modelo «ciudad **lienal**» fue repetidamente utilizado en el magno empeño, y el libro italiano que recensiono en **más** de una ocasión cita a nuestro Soria y Mata.

Pero el problema central del estudio es, naturalmente, el análisis de lo que debe entenderse por «ciudad socialista\*». Al parecer, para Lenin ésta debería ser la consecuencia de lo que se ha llamado el «**desurbanismo**». Y quizá en honor a este la más importante ciudad jardín que diseñó May lleva el nombre de **Lenino**. Creo, sin embargo, que el logro de un continuo «**campo-ciudad**» no tiene nada que ver con la concepción socialista de lo que debe ser una ciudad, y que esta concepción necesariamente tiene que pasar por los condicionantes derivados de una nueva organización de las relaciones de producción, relaciones ahora basadas en esta idea fundamental: nadie puede ser dueño de los instrumentos de **trabajo** de nadie. La aplicación de este dogma, y sólo de este dogma, al campo del urbanismo da como consecuencia la ciudad socialista.

Aparece entonces un segundo escalón que aproxima el dogma central a las realizaciones efectivas: la desaparición de las clases, y la sustitución del motor del lucro por el motor de la racionalidad. Ahora sí tenemos los dos puntos de partida que definen el fenómeno urbano en

un mundo no capitalista.

En cuanto a lo primero, la ciudad socialista aparecerá como la consecuencia de una ordenación en la que todo el coniplejo urbano, pero señaladamente los equipamientos, es diseñado con criterios de total uniformidad. Naturalmente que esto no quiere decir que la ciudad socialista sea una ciudad monótona. No tiene por qué **serlo**. Y si el socialismo se **desenvuelve** en un clima de libertad (el socialismo, como el capitalismo, puede manifestarse en clima de libertad y en clima de dictadura: ejemplos de las cuatro combinaciones posibles pueden ponerse abundantemente), entonces es seguro que la ciudad socialista es tan poco monótona como sean capaces de concebirla sus autores. Quiere decirse que para los socialistas la desaparición de las clases es un **desideratum**, siempre **perseguible**. Personalmente yo comulgo con ese **desideratum**, aunque lo veo **difícilmente** alcanzable (cuestión diferente es la de la herencia del **status** que cada uno alcanza, en cuyo aspecto **debemos** ser inexorables, es decir, inexorables en el sentido de evitar a toda costa tal herencia). Pero sea alcanzable o no, lo que no cabe duda es que el planificador socialista debe diseñar la ciudad de **modo** tal que la deseada **meta** anticlasista aparezca en el plano de nido radical, y para ello es precisa la total uniformidad de que hablaba antes (sin «zonas para pobres y zonas para **ricos**»), uniformidad que, repito, no tiene por qué ser monotonía.

En cuanto a lo segundo, la ciudad socialista deberá eliminar todo cauce a cuyo través pueda manifestarse el derroche y la irracionalidad de la economía de mercado, equilibrando con sentido humano los espacios dedicados a vivir, a producir y a expansionarse. En este aspecto la absurdidad capitalista ha logrado monstruos de cuya magnitud, a fuerza de vivir en ellos, no nos damos ni cuenta. Ahora el planificador ya no está condicionado por los inútiles dispendios propios de un **sistema** económico dedicado a forzar la **demanda** suscitando necesidades artificiales y manipulando al ciudadano en el que no ve más que a un consumidor. Y conste que no me estoy refiriendo a la célebre especulación, fenómeno inconcebible en el mundo socialista, y cuya responsabilidad en la aparición de diseños absurdos no creo que niegue nadie.

Ahora bien, para el caso del que el libro recensionado se ocupa —la Unión Soviética—, sabemos que tanto la actuación de los hombres que allí acudieron, como la de los propios arquitectos rusos **más** tarde, dista mucho de los ideales de ciudad. Las razones son diversas, pero destaca sobre todas ellas ésta: la ausencia de libertad. Esta ausencia de libertad dio lugar, una vez más, a la desaparición del pensamiento creador y, por consiguiente, la huida de las cabezas capaces de hacer cosas realmente importantes y valiosas. Exactamente lo mismo que no mucho tiempo más tarde sucedió —precisamente también en el campo del urbanismo— en nuestra Patria.